

Gabriel(a): parábola de transeúntes entre el clóset y el deseo

La última novela de Raúl Vallejo cuenta la historia de una chica trans que persigue sus metas, consciente de que tiene al mundo en su contra.

Por José Miguel Cabrera Kožíšek

Editor de *Cartón Piedra*, revista cultural de *El Telégrafo*, 28 de junio de 2019

Gabriela se conforma por ahora con trabajar como manicurista en un canal de televisión. Pero tal vez conformar es un verbo impreciso. Su situación es más bien la de un tránsito, pues su objetivo ha sido siempre el de convertirse en una presentadora. Y ella, que tuvo la entereza suficiente para cambiar su cuerpo por uno que esté más acorde a su identidad, no es una persona que se quede quieta, aunque alrededor tiene gente que le recuerda todo el tiempo que no la van a dejar en paz.

Raúl Vallejo ganó en 2018 el premio de novela que entrega la FIL de Guayaquil, el Miguel Donoso, con *Gabriel(a)*, historia de una chica trans que intenta hacer que su espacio en el mundo sea un poco más grande que el del club Socios, donde se reúne con sus amigos de la comunidad GLBTI.

Tan alevosa como soñadora, Gabriela solo conoce una forma de enfrentarse al mundo: peleando. Así, cuando un grupo de sujetos en una camioneta doble cabina la persiguen por las calles para atormentarla, ella monta en cólera y les tira piedras al parabrisas para, acto seguido, salir corriendo para ponerse a salvo.

Este tipo de actitudes le traen problemas con Miguel, el chico que llegó a Socios la noche en que intentaba olvidarse de su exnovia infiel.

Probar algo diferente le va a hacer bien, según le aconseja un amigo suyo, un habitual del bar que se obsesiona con otra chica trans, Yazmín, una colombiana desplazada que se gana la vida prostituyéndose en Facebook y que también tiene sueños como Gabriela, aunque menos ambiciosos. Su idea de una vida mejor es irse a Europa a seguir ofreciendo servicios sexuales, y así poder pasear en sus días libres.

Todo el tiempo, la novela nos está recordando lo difícil que es la vida de la gente que transiciona, y lo dolorosas que pueden ser las palabras, por más bienintencionadas que sean, de la gente a la que se quiere.

Es ese el principal conflicto que tiene Gabriela. Acostumbrada a no dejarse maltratar, siempre está discutiendo con Miguel, quien le aconseja —por su bien— que sea más tranquila. Ocurre cuando hablan de los tipos de la camioneta o del día que ella ya no puede más con las bromas y los abusos de sus compañeros y monta en cólera en el trabajo.

Para Miguel, hombre blanco y heterosexual (frente a su familia), la vida es más sencilla, es fácil seguir lo establecido. Pero Gabriela vive constantemente en un delicado equilibrio entre la decisión de sentirse bien y la posibilidad de cruzarse con alguien, con cualquiera, capaz de arruinar su día por el delito de ser.

Ella le gusta desde el primer día, cuando la vio vestida con un enterizo amarillo que recuerda a todas luces a Beatrix Kiddo, el personaje que interpreta Uma Thurman en *Kill Bill*. Con el tiempo, Miguel llega a quererla, y a desear una relación seria, una que se verá materializada en otro proyecto que queda por cumplir: el de un viaje, juntos, a la playa. A Montañita.

Anhelan estar juntos en un espacio donde nadie los conozca. Se engañan a sí mismos, el mundo es un pañuelo. Pero están convencidos de que en esa playa de hippies y extranjeros no los van a juzgar (y si alguien lo hace, no tendrán que vivir con eso).

Pero el viaje tiene que esperar, y no por razones logísticas, sino sociales, aunque Miguel no lo quiera decir.



Incapaz de consolarla, Miguel le dice que le regalaría un unicornio con tal de no verla triste. Ella le responde que «los unicornios están sobrevalorados en estos días».

Ilustración de Joaquín Serrano,
especial para *Gabriel(a)*.

Esa incapacidad de comunicarse —el acto fallido, diría Freud— marca el paso en una novela que tiene ritmo. Desde el principio, ellos no hablan el mismo lenguaje, e irse colocando en un espacio compartido, uno donde ambos puedan hablar de lo mismo, va a doler, pero será una danza.

Un día, por teléfono, Miguel le aconseja a Gabriela que deje de devolver las ofensas y que denuncie a los que la atacaron. Incapaz de consolarla, le dice que le regalaría un unicornio con tal de no verla triste. Ella le responde que “los unicornios están sobrevalorados en estos días”.

Cansada de una justicia que nunca llega, Gabriela no quiere denunciar. Conoce demasiados casos de chicas trans desaparecidas que vuelven sin que nadie pague su culpa. Ella no sabe si va a poder con la impunidad, con las miradas y con los consejos acerca de cómo debe comportarse una chica, una chica trans, para evitar que esto le vuelva a pasar. Repudia la idea de ser revictimizada.

En *Gabriel(a)*, el ritmo se vive al calor de la cultura pop, desde la referencia al traje de Uma Thurman en *Kill Bill*, pasando por la imagen del niño bien machito que creció disfrazándose de G.I. Joe, hasta la idea del amor inspirada en *Pretty Woman* o los pósteres de películas taquilleras que tapizan las paredes de *Socios*.

La novela narra el cambio y la aceptación. Tal vez con la intención de ofrecer una reivindicación, Vallejo escoge darles a Gabriela y Miguel un final feliz. Tal vez sabiendo que hay gente que hará lo posible por impedir ese final feliz, decide acabar donde acaba esta novela inspirada en Michelle Valencia, la primera presentadora trans de la televisión colombiana.